

Instituto de Constelaciones Familiares

Brigitte Champetier de Ribes



Los Órdenes del amor

El vínculo sistémico. La consciencia familiar. El sistema. Los campos.

Las leyes sistémicas. Los órdenes del amor.

Las dinámicas sistémicas de compensación arcaica. La intrincación.

La compensación adulta. El destino.

Maracay, 1º de Marzo de 2014

Organiza:

Aníbal Pérez y Xiomara Linares

Mail: anibal@usal.es

MATERIAL PARA EL SEGUNDO MODULO DEL CURSO DE ESPECIALISTA
EN CONSTELACIONES FAMILIARES

Índice

Los órdenes del amor del espíritu	p. 2
Los órdenes del amor	p. 5
El no respeto de los órdenes del amor	p. 14
Preparación personal	p. 16
Historia de la mala conciencia, el Bien y el Mal	p. 17

Los órdenes del amor del espíritu

La vida pensada y creada por Algo más grande está regida por dos grandes campos:

El campo de la jerarquía natural y de la pertenencia, que nos organiza con respeto al tiempo y al espacio: el que llegó primero tiene preferencia sobre el que llegó después y cada uno tiene su lugar entre los que llegaron antes y los que llegaron después.

Por lo que cada uno tiene un lugar, que le guste o no y ese es el lugar en el que fluyen todas las bondades de la vida (fuerza, éxito, salud, amor), mientras que fuera de su lugar la consecuencia es inmediata y muy dura- la persona ya no tiene acceso a esas bondades. A menudo el no respeto del orden lleva hasta la muerte: enfermedades graves, accidentes mortales, etc. El que llega después ha de respetar lo que estaba antes que él. Cuando el que llegó primero a la vida se siente respetado por el que vino después, ese primero se vuelca en amor hacia el más joven. Pero si el más joven no respeta al más antiguo, entonces ese antiguo se alejará del más joven.

Gracias a esa ley de jerarquía todos los que están en su lugar respetan a lo que fue anterior, especialmente a sus padres **y a lo Anterior a la Vida, honrando así lo primigenio.**

El orden permite este reconocimiento de lo Primero, este reconocimiento natural e inconsciente del espíritu. El orden permite la conexión.

Con el orden puede empezar el crecimiento personal. No hay desarrollo posible de la persona que no está en su sitio.

El orden permite tomar a la madre, y ya conocemos esta frase de Hellinger “sin madre no hay nada, ni pareja, ni éxito, ni salud”.

Que exista un lugar preciso para cada uno significa que todos pertenecen, todos tienen derecho a su lugar, haya pasado lo que haya pasado, hayan hecho lo que hayan hecho.

Aquí debemos preguntarnos, ¿un lugar dónde? Un lugar en todo lo que existe. Alguien existe porque ha sido pensado por Algo Más Grande. Todo es creado por esa Energía Total, todo es concebido y querido por ese Algo Más Grande, para quien no hay separación, todo es contenido en Él. Por lo que todo lo creado pertenece a todo, pertenece al espíritu, pertenece a los campos que conocemos y pertenece también a todos los campos que desconocemos.

Todos y cada uno de nosotros tenemos un lugar, y sólo este lugar, en todo lo que existe. En cada campo un lugar muy preciso.

Todos tenemos el mismo derecho de pertenecer a todo. Todos pertenecemos a todo.

Pertenencia y orden van totalmente unidos.

Orden: todo sistema tiene un principio y un fin, todo lo que vive es atravesado por la dimensión “Tiempo”. Cada persona de cualquier sistema tiene un sólo lugar: el que le marca su fecha de entrada en el sistema. Y a partir de esta situación, todo posterior respeta a sus anteriores y a cambio los anteriores se ponen al servicio de los posteriores.

Pertenencia: la consecuencia del orden es que todas las personas tienen el mismo derecho de pertenencia, cada uno en su lugar, independientemente de lo que haya pasado.

En la memoria ordenada inherente del campo morfo genético se conserva el recuerdo de todo y de todos, con la misma intensidad. Y el sistema familiar vela por la integridad del clan impidiendo cualquier intento de exclusión u olvido: en cuanto alguien es rechazado un me-

canismo ciego designa a un ser más joven para representar a este rechazado, para que sea visto y reintegrado.

La pertenencia arcaica se manifiesta a través de la buena consciencia o consciencia individual. La pertenencia adulta es la pertenencia a la totalidad, la que asume todo lo que hay, todo lo hecho, la que asiente a todo como es.

La primera gran necesidad humana, la que asegura la supervivencia del clan y por ende de la especie, es la necesidad de pertenencia. El sentimiento genuino que impulsa toda nuestra vida y que se esconde detrás de todos los demás sentimientos, es el amor y su corolario: el miedo a ser rechazado, a no pertenecer. Este amor garantiza nuestra pertenencia.

Y el cemento inconsciente del clan es la mala consciencia que se activa cada vez que hacemos algo que nos aleja un poco de alguien, que pone en riesgo nuestra pertenencia.

Y el segundo campo es el del equilibrio de las polaridades. Podríamos llamarlo el campo de la estructura de la energía: toda partícula se apoya en su anti partícula. Todo el universo está construido sobre la **compensación** de dos polos contrarios, que al equilibrarse generan energía. Todo lo que existe es dual. Si no hay polaridad, no hay posibilidad de crear energía.

Por lo que equilibrar dar y recibir crea energía, fusionar en uno mismo lo masculino con lo femenino crea energía, reconciliarse la víctima con su perpetrador crea energía.

Y ¿qué significa “energía” en nuestras vidas? Fuerza, amor, comprensión, tomas de conciencia.

Compensación con lo opuesto¹: en todo sistema cuando se produce un desequilibrio hay una regulación automática, inversamente proporcional al desequilibrio, de modo que toda la

¹ “La idea de tener un cuerpo físico sólido es una ilusión de los sentidos. El cuerpo está compuesto de ondas electromagnéticas resonantes. La mayor parte de nuestro cuerpo es un espacio vacío que contiene campos diminutos de ondas vibratorias. Usted es un sistema vibratorio. Usted está hecho de puras ondas liberadoras de luz, que los físicos llaman *cuantos*.

Una onda cuántica de luz se compone de subidas y bajadas, de fases positivas y negativas. De forma similar, usted se compone de subidas y bajadas o de *emociones* positivas y negativas. Las fases de subidas y bajadas corresponden a las subidas y bajadas de su consciencia; las mismas leyes gobiernan ambas cosas. Las fases positivas de luz se llaman *positrones*. Las fases negativas se llaman *electrones*. Ninguna de estas fases por si misma es luz; se trata de partículas cargadas y materializadas en el espacio y el tiempo. Cada una de ellas tiene masa y participa en lo que se denomina *densidad*. Si una onda de luz representara la verdad, las fases positivas o negativas solas representarían verdades a medias.

Cuando las fases positiva y negativa se juntan en perfecto equilibrio dan lugar a la luz. La luz no se mueve a través del espacio como un rastro continuo brillante, sino que va y viene dentro y fuera de la existencia, conforme salta de una onda completa, o cuanto, a la siguiente. Entre los puntos de luz (fotones) se encuentran las partículas mediocuánticas positivas y negativas (positrones y electrones). Eso es un salto cuántico: un salto desde un estadio radiante de iluminación al siguiente.

En estos momentos se preguntará: “¿Dónde me lleva este tipo con toda esta física? ¿Por qué está hablando de cosas tan abstractas?

Estoy hablando de su *ser*, de su naturaleza física, como una vibración. Existen leyes que gobiernan esas vibraciones. Cuando Usted aplica tales leyes, puede comprender lo que sucede en la vida y esta comprensión es fundamental para su experiencia iluminadora. Algunos físicos han dicho que la mate-

energía del sistema siga dirigida al servicio de su meta y no retenida en contener el desequilibrio.

La energía, todo lo que existe, se mantiene gracias a la fusión de partículas negativas con partículas positivas. Los polos crean la realidad. No hay nada que exista sin su opuesto.

La meta del sistema familiar es transmitir la vida.

Los órdenes del amor permiten la vida humana. Todo se tiene que ir compensando para que toda la energía del sistema esté totalmente dedicada a la vida.

La física cuántica nos explica la razón de ser de la compensación.¹ La estructura de la energía es bifásica, bipolar y el salto cuántico se produce cuando se compensan las dos fases. En

ria de la que está hecha el cuerpo físico consiste en luz congelada, condensada y enfriada; y tiene razón. En realidad, *todo* es luz, todo es vibración, todo es espíritu.

Estamos preparados para comprender estos principios y leyes en el mundo físico y para asumir que no se aplican al mundo de la mente, pero nuestra consciencia funciona de la misma manera que la luz. ¿Se ha sentido usted alguna vez orgulloso y emocionado con algún aspecto de su vida, de sus finanzas, de su carrera o de sus relaciones y en ese momento le ha ocurrido algo que le bajó los humos? No se trata de un error, sino exactamente de la manera en que el universo se asegura de que usted aprende a amar. En el momento en que usted ve más aspectos positivos que negativos, atrae una situación en la que ve más negativos que positivos para regresar al equilibrio.

Existe una ley en la simetría, en la física cuántica, que excluye cualquier estado aislado de semicuánticos (positrones). Parece ser que en el universo siempre existe un estado antisemicuántico (electrones) para equilibrarlo. Todos los fenómenos son universalmente cuánticos totales. Al estudiar dicha ley pensé: "eso quiere decir que no puede haber cosas como la felicidad sin tristeza o la tristeza sin felicidad". (...)

Cada vez que usted percibe un positivo sin negativo, pasa a una emoción positiva; cada vez que usted percibe un negativo sin positivo, pasa a una emoción negativa; y ambos son estados de baja frecuencia (energía cinética) que desperdician su potencial y dirigen su vida. En medio de las experiencias positivas y negativas, entre lo que le gusta y lo que no le gusta, se encuentra el núcleo de la experiencia humana, que no es otra cosa sino el *amor*. El verdadero amor es una síntesis de dos aspectos de una onda y una onda completa es luz, que también se puede llamar "amor". El amor es un estado cuántico completo. Los físicos saben que un estado cuántico completo no posee masa ni carga, ni espacio ni tiempo, que por definición es espiritual e incondicional.

La consciencia es luz y nace en estados cuánticos completos. Dios es luz cuántica completa.

La gente tiene diferentes concepciones del *amor*, pero yo lo defino como "la síntesis o la mezcla perfecta de dos percepciones dualistas, la suma de todas las polaridades". Cuando la felicidad y la tristeza se juntan, forman el amor. Lo que le gusta y lo que no le gusta, lo positivo y lo negativo, el dolor y el placer, el electrón y el positrón, todos ellos son dualidades y cuando se unen por completo son amor. Sea cual sea la "...logía" que usted investigue, todas conducen a la misma esencia: el amor, la teoría del campo unificado que penetra en cada ser humano y los une a todos.

(...)

Para crear la luz es necesaria la unión perfecta de las partículas positivas y negativas y, exactamente de la misma manera, usted necesita ambos lados de cada acontecimiento para alcanzar su verdadera naturaleza, que también es luz. La luz en el centro es amor incondicional; las ondas o partículas emocionales son amor incondicional. Atraen a su lado opuesto, que usted necesita para regresar al centro, pero *todo* es amor."

pp. 48 a 52

La experiencia descubrimiento.

Un nuevo y revolucionario método para la transformación personal.

Dr John DEMARTINI, ed. Urano 2002.

nuestras vidas ocurre lo mismo, llegamos al amor y a la plenitud cada vez que logramos compensar dos polaridades o reconciliar dos opuestos.

La necesidad de compensación más frecuente que vemos en constelaciones es la siguiente: después de una gran desgracia se necesita que los supervivientes no se abandonen al dolor o la desesperación sino que sigan viviendo, sintiéndose **responsables** de sus vidas.

Dar y recibir: otra variante de la compensación, es necesario equilibrar el dar y recibir amor y equilibrar el hacer y recibir daño.

Equilibrar el dar y recibir amor: devolver el amor dado, un poco más de lo que se ha recibido. Dar amor sólo en la medida que el otro sea capaz de devolver.

Equilibrar el hacer daño: por parte de la víctima reconociendo a la vez su sufrimiento y que es igual que el perpetrador. Y por parte del perpetrador, asumiendo y reparando el daño hecho, en vez de caer en la expiación (que se hace para tener buena consciencia y no por amor al otro).

Estos dos campos contienen los “órdenes del amor” del espíritu. Estos órdenes del amor no pueden no existir. Están presentes en todos los sistemas vivos. De su respeto mana la conexión con el amor del espíritu, la conexión con su fuerza y con la plenitud de la vida. Su presencia no se percibe más que por sus efectos, son más profundos que nuestro inconsciente. Son el sistema en acción.

Compensación arcaica y compensación adulta

Cada sistema familiar o campo morfogenético o Conciencia Familiar está dirigido por distintas fuerzas: una Memoria inherente ordenada que incluye todo lo que se va viviendo y lo transmite tal cual a todos, una fuerza de cohesión o coherencia que lucha contra la exclusión, y, una fuerza de supervivencia al servicio de la vida, que promueve la individuación de cada uno, para que cada nuevo adulto se haga cargo de la vida y cree un nuevo sistema, una nueva familia.

La relación dinámica entre la necesidad de cohesión y la necesidad de supervivencia crea las “compensaciones”.

La “compensación arcaica” está gobernada directamente por la Memoria del sistema, provocando repetición sin fin, y por la necesidad de reparar los desordenes que pueden poner en entredicho la cohesión del grupo familiar, bloqueando ese grupo en unas intrincaciones o fidelidades que sólo permiten más de lo mismo, en una cohesión rígida que impide la individuación de sus miembros.

La “compensación adulta”, la que realmente necesita el sistema, va a permitir seguir al servicio de la vida, gracias a una evolución, a una adaptación creativa de sus miembros: renuncian a las fidelidades y crean una nueva cohesión, más abierta, con un nivel de desarrollo de sus miembros más avanzado.

Esta compensación adulta se produce cuando el individuo renuncia a hacerse cargo del destino de sus mayores y cuando acepta su vida como es. Entonces deja de estar preso de la Memoria del campo porque, con su actitud, sin buscarlo, se ha conectado con una energía superior a la del campo: la energía de sanación, la energía del movimiento del espíritu. Y esta energía le va a permitir sanar y respetar los órdenes del amor.

Todo campo está orientado en el tiempo al servicio de la vida.

La transgresión de los ordenes del amor desencadena una reacción automática, ciega, para con los más jóvenes del sistema, para que la transgresión sea reparada. Hasta ahora este mecanismo de **compensación arcaica** o ciega era un mecanismo totalmente ciego, que podía abatirse sobre los descendientes al cabo de varias generaciones de desorden, o producirse varias generaciones después de haberse realizado la transgresión.

Desde hace poco podemos observar como el ritmo se ha acelerado y la compensación arcaica del desorden ocurre mucho antes. Los sistemas familiares, o consciencias familiares están más conectados con el Amor del espíritu, gracias al hecho de que más personas estén conectadas.

El orden que viven los campos va evolucionando hacia el caos que a su vez permite la llegada de un orden superior. El caos debido al no respeto de las grandes Leyes de Orden y Compensación llama la presencia del movimiento del espíritu y de las fuerzas de sanación. Estos se despliegan en todas las dificultades y conflictos del ser humano; estarán presentes para despertarlo, a golpes si hace falta, pero no actúan hasta que el mismo humano no asienta a la situación como es.

El vínculo sistémico

Cada persona es sometida a las leyes del sistema familiar, nadie se puede sustraer. Los vínculos sistémicos dirigen nuestras vidas y nuestros inconscientes, sin que nos demos cuenta, a menudo en contra de nuestro bienestar.

En el sistema familiar, todos están unidos con todos. El vínculo más fuerte es el que une los hijos con sus padres, y por extensión los hermanos entre sí, y las parejas. Un vínculo especial se crea entre las personas que han entrado posteriormente en el sistema y los que les han dejado sitio, sobre todo si su suerte ha sido dura: por ejemplo el vínculo que une el primer hijo del segundo matrimonio y el cónyuge despedido del primer matrimonio.

En el momento de la concepción el ser humano recibe su legado genético de sus padres biológicos. Además es vinculado de una manera específica con unos cuantos de los ancestros de quienes recibirá la fisiología, lo emocional, lo mental, las fidelidades sistémicas y el grado de consciencia.

El campo morfo genético es un campo de información, por lo que su primera consecuencia, fundamental para la supervivencia, es la de repetición del pasado. El feto es pura energía vital y amor incondicional, es pertenencia total. Y su adhesión al sistema familiar es incondicional.

El bebé se ata a sus padres y ancestros a través de la decisión *“yo como tú”*. Decisión que asegura su pertenencia y fidelidad a la vez que limita su autonomía y su entrega a su propia vida.

Cuando el bebé percibe mucho dolor en uno de los vínculos que tiene, su amor arcaico y pensamiento mágico le llevan a decidir *“yo en tu lugar”* *“enfermaré en tu lugar para que tú te vuelvas sano”*, o *“yo por ti, haré lo que tú no has conseguido hacer, mataré por ti, pagaré por ti, etc.”*. Ahí estamos frente a un vínculo complejo y dramático, una intrincación, que llevará a la persona a comportamientos fatales para su vida y para su sistema.

Pues, de entrada, esta decisión va en contra de los dos órdenes del amor. El bebé por amor se cree capaz de llevar el destino de su ancestro, con lo cual infringe el respeto del Orden. Esa *“arrogancia”* es severamente castigada por el sistema pues pone en entredicho el respeto a los antiguos y el respeto a todo como es. Por lo que peligra la conexión de los seres humanos con algo más grande.

A la vez esta decisión va en contra de la necesidad de compensación adulta, de cambio cualitativo, sólo añade más de lo mismo.

La vinculación se recibe a una edad en general tan temprana que el razonamiento subyacente es un pensamiento mágico, ilusorio, que en vez de aportar la paz a la familia, aporta más dolor: *“Si él ha sufrido, ha muerto, está mal que yo disfrute de mi vida, voy a sentir y padecer lo mismo que él...”*

Si yo sufro su enfermedad, o me muero en su lugar, él no se va a morir, si ha muerto puede volver... Si él ha hecho un daño irreparable a alguien y no lo ha expiado, voy a expiarlo yo con la enfermedad o la muerte...”

Toda la energía de la persona se involucra entonces en una reparación imposible y se vive toda clase de penalidades o desgracias.

Esa dinámica, esa decisión inconsciente de sufrir por amor, causa los mayores sufrimientos sin conseguir su propósito –compensar, restablecer la vida. Por el contrario, provoca un dolor aún mayor en la conciencia familiar, creando nuevas *“intrincaciones sistémicas”* o víncu-

los dramáticos para los descendientes de la persona que se castiga por amor, o que es atrapada por un muerto necesitado de amor.

Dice Hellinger que es más fácil, más “barato”, sentirse culpable que disfrutar de la vida. Es más barato seguir sufriendo y creer que el sufrimiento redime. Es más fácil llevar cadenas, viviendo la herida de otro, que tomar su propia vida tal y como es.

Es más fácil sufrir que cambiar. Más fácil no ser feliz, no triunfar.

Compensación adulta

La gran ley familiar es la del amor: es transmitir amor. Es dar y recibir por amor, respetar a los padres y padres de sus padres por amor, tomar la realidad tal y como es con amor adulto y es también entregarse a la vida por amor adulto para compensar el sufrimiento de un hermano nacido muerto y del que no se ha vuelto a hablar, un padre accidentado, un tío despreciado y olvidado, un encarcelamiento, un suicidio, un crimen, una enfermedad dolorosa o irreversible...

Lo que necesita el Campo es la compensación real del drama anterior, compensación adulta que sólo se alcanza desde un movimiento de aceptación y respeto de lo que hubo *“sí, asiento a vuestro dolor y lo dejo con vosotros”*.

Allí donde hubo dolor, la Conciencia Familiar o Campo necesita alegría, donde hubo enfermedad necesita salud, etc.

Cuando el vivo honra el dolor y sale de la intrincación, entonces puede tomar su vida, puede decidir ser responsable de ella, de su propio éxito o fracaso, y de esa manera compensar realmente la desgracia del antepasado.

Sanando la memoria, sanando el drama de los antepasados, y después tomando la vida como ha venido, con gratitud y compromiso.

De este modo se puede detener el círculo vicioso de la compensación, aunque algunas veces deberemos aceptar enfrentarnos a destinos más grandes, más cerca de lo esencial, ante los que sólo cabe el silencio y el respeto.

Profundizando con los órdenes del amor

Las leyes sistémicas, presentes en todos los sistemas vivos, se materializan en el sistema familiar en lo que Hellinger ha llamado los órdenes del amor, son dos:

Se reconocen los órdenes del amor por su efecto. Son a menudo difíciles de descifrar pues les entendemos de modo opuesto según si vivimos desde la consciencia individual o desde la consciencia familiar. Los vemos ahora con más detalle:

1.- Orden

El orden es lo primero.

El respeto al que estaba antes nos lleva a la conexión con lo que siempre estuvo, con ese algo más grande que lo piensa y lo mueve todo tal como es, con el mismo amor hacia cada uno.

El orden crea la conexión. El crecimiento personal, o espiritual, sólo puede darse en la persona que está ordenada, que está en su lugar. Mientras no esté en su sitio, la persona no conecta con la realidad ni conecta con el espíritu y se crea un mundo espiritual que no es más que la sustitución de los padres que no tomado.

El respeto del orden es más importante que el amor, que el amor infantil se entiende. Del respeto del orden nace un amor adulto y humilde, muy fecundo.

El orden permite la paz y la democracia. Cada uno tiene un lugar específico, si lo ocupamos desaparecen los enfrentamientos, todos nos respetamos. Cada uno tiene derecho a los distintos rangos conforme va pasando el tiempo.

La necesidad de orden y respeto es tan grande que su ausencia desencadena los mayores castigos. El desorden lleva al fracaso y a la muerte.

El orden entre sistemas: El sistema más reciente tiene preferencia sobre el sistema más antiguo. Es el sistema que más energía pone al servicio de la vida, por lo que se beneficia del respeto de los sistemas que lo han precedido.

Por lo tanto, la familia actual tiene preferencia sobre la familia de origen. Los adultos han de separarse de su sistema de origen para entregarse a la creación y mantenimiento de un nuevo sistema, su "familia actual". Por ejemplo, la nueva familia creada al tener un hijo de una relación adúltera tiene preferencia sobre la familia "oficial".

El orden entre miembros de un mismo sistema: El anterior tiene preferencia sobre el posterior, el miembro de introducción más antigua en el sistema tiene preferencia sobre el miembro de introducción más reciente (el abuelo tiene preferencia sobre el padre, el hijo de un primer matrimonio tiene preferencia sobre el cónyuge del segundo matrimonio, en una empresa la antigüedad se conjuga con la función o el estatus).

EL ORDEN JERÁRQUICO debe² ser respetado; los primeros en aparecer deben ser respetados por los que les siguen. Si un nieto toma el lugar de un abuelo, aunque sea por amor, transgrede el orden y su vida estará marcada por los más severos castigos: enfermedad grave, muerte precoz, fracasos, accidentes.

El orden jerárquico es primordial, el desorden crea los mayores problemas.

Nadie tiene el derecho de llevar el destino de otro, aun cuando sea por amor a él, sería creer en la prepotencia de nuestra voluntad (razonamiento mágico del niño). La “arrogancia” sistémica es la fuente de la mayoría de nuestros sufrimientos porque desencadena siempre una dinámica de auto castigo, en la persona o en sus descendientes.

Respetar el Orden sistémico permite vivir con paz, confianza, sentirse útil y querido.

Respetar el Orden sistémico permite que estemos en el amor, en el amor adulto, en nuestro destino.

El Orden es, primero, agradecer todo, desde el origen, ver el flujo de amor creativo que fluye desde el origen hasta nosotros y recrea el orden a su paso.

Tenemos la libertad de estar en el adulto, o no, en cada momento. Estar en el adulto, en la lucidez, es la premisa para el Orden.

Estar en el adulto, ser lúcido, es una decisión personal.

Podemos estar intrincados en un desorden sistémico que supera nuestra voluntad consciente. ¿Cómo salir entonces del desorden? Aceptar este desorden. Aceptar el crecimiento que supone la “noche oscura del alma”.

Lucidez quiere decir eliminar las emociones secundarias, atreverse a ver y vivir, con amor, nuestras emociones primarias y necesidades biológicas. Lucidez no es ni renunciar a nuestros instintos, ni dejarse fluir...

En las herencias el orden sistémico se respeta inconscientemente de un modo contundente: el hijo que reemplaza a un hermano muerto excluido o a un aborto olvidado recibirá dos partes de herencia, la suya y la del excluido; el hijo que sustituye a un tío, padre, abuelo, no recibirá nada ya que no vive como hijo...

1 bis. La pertenencia

La pertenencia está muy unida al orden, pero el orden es lo más grande, pues nos une a lo Creador.

Ya que todos pertenecemos, la pertenencia nos abre el corazón a todos. Vive el amor del Sistema familiar por todos y cada uno de sus miembros. Es puro amor. Es amor grande. Ve a todos como son. Ve a cada uno con su carga y sus fidelidades, y nos toma como somos. Como incluye a todos, nos pone en contacto con los excluidos de los que compensamos las desgracias. **Lo que nos permite honrar a estos excluidos y honrar lo que nos une a ellos, librándonos simultáneamente de la compensación.**

² Aquí en sistémica, decir “debe” significa que la observación fenomenológica ha mostrado que cada vez que no se respeta esta norma, el sistema busca una compensación dramática a este desequilibrio.

Mientras que las fidelidades que nos unen a unos ancestros, y nos hacen rechazar a otros, son fruto de un amor pequeño, arcaico y ciego. Esas fidelidades desarrollan en nosotros la Conciencia Moral. Esa conciencia moral es el enemigo del amor grande, es la semilla de la guerra.

La Conciencia Moral o conciencia individual

La sensación de buena conciencia es el resultado de una fidelidad a un sistema. Cada sistema tiene sus leyes, y nuestra pertenencia a estos grupos o sistemas depende de nuestra fidelidad a sus leyes. El precio de la autonomía es la soledad y la culpabilidad, la culpabilidad de no ser fiel.

La culpabilidad impide estar presente, su función es hacernos renunciar a la decisión que la ha producido. A menudo podemos pensar que si nos sentimos culpables es porque estamos franqueando una etapa importante. Es importante entonces valorar a qué estamos renunciando y asumirlo, la culpabilidad entonces se transforma en fuerza y coherencia.

Las fidelidades inconscientes son omnipresentes, determinan nuestras decisiones más importantes. Ser adulto significa comprometernos, asumir las consecuencias de nuestros compromisos y aceptar nuestra poca libertad. Somos un eslabón, muy predeterminado, que prácticamente sólo tiene la libertad de aumentar o no el amor y la alegría dentro de los límites que le están impuestos.

Solemos asociar Bien y Mal con bienestar y malestar. Pero “si miramos de más cerca, nos damos cuenta que la fuerza que permite que el mundo progrese se fundamenta en lo que calificamos como difícil, malo o grave. Sin embargo el desafío de la novedad nace de lo que preferiríamos eliminar.

Es pues cuando huimos de lo difícil, culpabilizante o beligerante cuando precisamente perdemos lo que queremos proteger: nuestra vida, dignidad, libertad, grandeza. Sólo la persona que hace frente a las fuerzas oscuras y las acepta, está unida a sus raíces y a la fuente de su fuerza. Esta persona está más allá del bien o del mal, está en unión con algo más grande, con su profundidad y su fuerza”³

“Tenemos buena conciencia cuando lo que hacemos mejora la relación con alguien (o con un grupo) que nos importa. Tenemos mala conciencia cuando hacemos algo que perjudica esa relación, de modo que nos sentimos empujados a corregir el rumbo hasta que la relación esté mejor de nuevo.” Solemos confundir esta sensación de bienestar-malestar con la noción de Bien y de Mal. Pero el Bien significa a menudo acercarse a un nuevo sistema, romper ataduras, o pertenecer a un nuevo sistema más amplio que el de origen.

Tener una moral del Bien y del Mal, es tener una moral de exclusión, desprovista de amor. El Amor, el amor adulto, lo acepta todo, lo comprende todo, se une a todo.

³ ver *El centro se distingue por su ligereza*, Bert HELLINGER, Ed. Herder.

2. la ley de la compensación

Compensación de las desgracias

El sistema familiar o *“clan se mantiene gracias a la cohesión de sus miembros y a un sentido del orden y del equilibrio universalmente compartido”*. Este equilibrio es el que hace prevalecer la ley de la compensación de los destinos desdichados de las generaciones anteriores por las generaciones posteriores.

Cada persona es sometida a las leyes del sistema familiar, nadie se puede sustraer. Los vínculos sistémicos dirigen nuestras vidas y nuestros inconscientes, sin que nos demos cuenta, a menudo en contra de nuestro bienestar.

En el sistema familiar, todos están unidos con todos. El vínculo más fuerte es el que une los hijos con sus padres, y por extensión los hermanos entre sí, y las parejas. Un vínculo especial se crea entre las personas que han entrado posteriormente en el sistema y los que les han dejado sitio, sobre todo si su suerte ha sido dura: por ejemplo el vínculo que une el primer hijo del segundo matrimonio y el cónyuge despedido del primer matrimonio.

Cuando uno está vinculado a un ancestro, recibe de él todo lo positivo que vivió y también todo lo que no supo asumir. La persona siente entonces el impulso de imitar a ese ancestro, cuando lo que realmente necesitan, él, el ancestro y el sistema familiar es que honre todo lo que ocurrió. A partir del momento en que el vivo honra la desgracia o la responsabilidad de su ancestro, la necesidad de compensación desaparece y el vivo se encuentra libre para su propia vida.

Equilibrio entre dar y recibir amor

El hecho de dar o tomar de otra persona crea un desequilibrio que mantiene viva la relación, hasta que el otro haya compensado. Si fuéramos perfectos, seríamos autosuficientes y no necesitaríamos dar ni recibir, no necesitaríamos entrar en relación con los demás. Este desequilibrio es el tejido, la trama de todas las relaciones sociales: amor, trabajo, guerra...

La persona que da se siente superior, inocente, libre – no debe nada a nadie -, y adquiere el derecho de exigir su compensación.

La persona que toma o recibe se siente inferior, tiene mala conciencia por deber algo, se siente dependiente de la persona que le ha dado, y se siente con la obligación de devolver, de compensar.

En la familia el hijo no puede dejar de recibir de sus padres; de sus padres sólo puede recibir. La deuda adquirida entonces es la fuerza que le empuja para dar a su Entorno y a sus hijos sin esperar nada a cambio.

Cuando toma con amor y respeto, y sin cuestionárselo, todo lo que sus padres son y le ofrecen, el hijo siente plenitud (en oposición a la sensación de vacío del deprimido, por no tomar a uno de sus padres), sabe dar y sabe recibir.

En la pareja lo que crea amor es que cada uno tome activamente lo que el otro le da.

Las reglas del buen dar:

- sólo dar lo que tengo
- sólo dar lo que el otro puede recibir
- sólo dar lo proporcional a lo que el otro puede devolver
- dar desde el adulto, al adulto del otro

Las reglas del buen tomar:

- valorar lo que el otro me da, sabiendo que siempre será distinto de lo que he dado.
- agradecer, dándole un poco más, para marcar mi reconocimiento, y un poco más cerca de sus necesidades.

La persona que recibe más de lo que puede dar se siente en una situación tan degradante y culpabilizante que acaba explotando, rompiendo la relación que la ata de este modo. Verbigracia las parejas con un inválido.

La persona que da demasiado, que lo da todo, pone la relación en peligro, porque en su fuero interno quiere que el otro se transforme en su madre, haciéndose cargo de todas sus necesidades.

¿Cuáles son los problemas del tomar-dar?

- No tomar: resentimiento, soberbia, soledad.
- No dar: egoísmo, enfado, soledad.
- Sólo dar: frecuente entre los esotéricos, terapeutas, idealistas, vegetarianos. Se sienten superiores a uno de sus progenitores y no toman de él, por lo tanto no toman de los demás, o, toman sólo de un modo limitado, a la naturaleza, a la sociedad... Su buena conciencia hace que es próximo a transformarse en perpetrador "por el bien del otro".
- Dar demasiado: el otro no puede corresponder, te has convertido en su madre y así te sientes con derecho a exigirle que se convierta el también en tu madre. No te atreves a ser tu mismo, a estar en deuda con el otro, a ir de igual a igual con el, y entras en un papel parental. Superioridad y soledad.
- Sólo recibir, tomar: no quiere crecer, quiere culpabilizar a sus padres, a los demás. Tirano enfadado y solitario. Rechaza lo que sus padres, la vida le dan, y se queda en el resentimiento, en la queja; en vez de agradecer exige otra cosa, otras condiciones. Se convierte en perpetrador para impedir que nadie disfrute, ya que el no quiere disfrutar. Disfrutar de la vida significa decir "gracias" a los padres.

Soledad y egoísmo significan que no amas al Entorno ni te ama el Entorno (por no dar o/y no recibir), por lo tanto no recibirás ninguna gratificación, el Entorno no te compensará con la prosperidad.

La prosperidad es fundamentalmente la respuesta del Entorno a un querer a todos, sobre todo a los "malos".

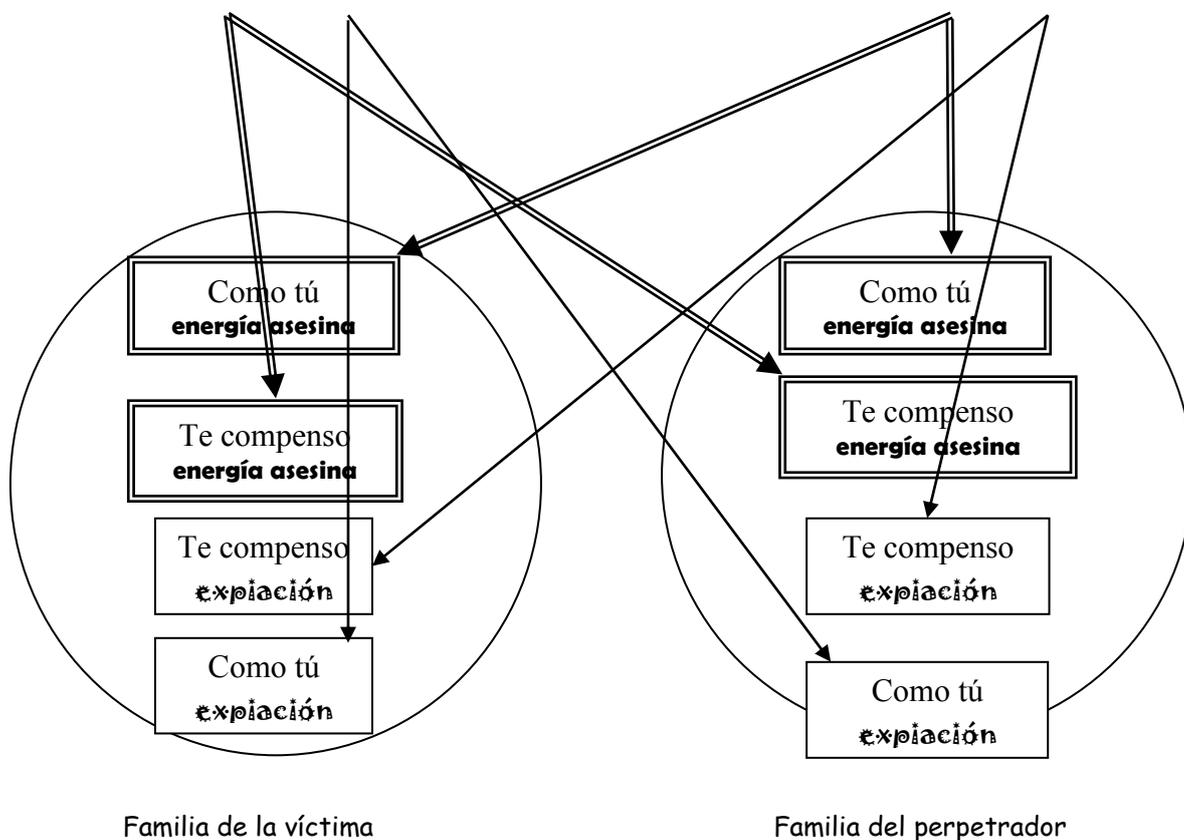
Amor, vida, dinero son energías equivalentes.

Resumen:

Cuando por fin estoy en mi sitio, mis Padres me dan – yo tomo todo de ellos,
Mi deuda me empuja a dar a mi Entorno, con el mismo amor que yo siento por mis padres.
Mi Entorno toma de mí y equilibra el intercambio con reconocimiento, dinero y/o poder.

Equilibrio entre hacer y recibir daño; asumir la venganza y la expiación.

Víctima Perpetradora



El perdón es un veneno para las relaciones.

El perdón verdadero viene de reconocer que todos somos iguales. El diálogo que libera a perpetrador y víctima es el siguiente:

- Víctima: *me has hecho mucho daño.*
- Perpetrador: *ahora me doy cuenta, ahora lo veo. Yo lo hice. Asumo las consecuencias de mis actos.*
- Víctima: *quiero vengarme, soy igual que tú. Soy un ser humano como tú. Me doy cuenta, yo también, del daño que yo he hecho. Asumo las consecuencias. Ahora veo el daño que mis ancestros han hecho a tus ancestros. Gracias.*
(A algo más grande): *por favor.*

La reconciliación presupone que la realidad no se puede borrar y que el culpable puede hacer algo por su víctima.

La realidad está allí y necesita que cada uno reconozca lo que hay. Cada uno descubre al otro. El amor puede fluir, y fluye intensamente si ningún descendiente se inmiscuye entre un perpetrador y su víctima.

El terapeuta debe aliarse no con la víctima sino con el perpetrador, sentir por él respeto y a la vez mostrarle la dirección de su responsabilidad: descubrir el daño que ha hecho para asumir el castigo o las consecuencias.

Amar significa olvidar, no perdonar. Amar significa reparar el daño que hemos hecho.

La expiación es una satisfacción del ego.

Se devuelve el daño para restablecer el equilibrio, para sentirse de igual a igual, para poder empezar de nuevo la relación. Si se devuelve más daño, se entra en la escalada del revanchismo, si se hace menos, abre la puerta al agradecimiento y a la relación, si se hace por igual, la relación muere por indiferencia.

Todos actuamos empujados por fuerzas superiores a nosotros mismos. Por lo que sólo puede haber solución de un crimen, de una falta o de un sufrimiento infligido a alguien si el terapeuta tiene consciencia que el culpable es también fiel a su sistema y se alía al culpable.

El no respeto de los órdenes del amor

Lo que hemos llamado la compensación arcaica es el resultado de la imitación o fidelidad a un ancestro. Es seguirle en su no respeto de los órdenes del amor.

1. No respetar el Orden: la persona siente desconfianza hacia los demás y las consecuencias de su desorden y falta de respeto es no realizarse a nivel familiar, fracasos graves de todo tipo, enfermedades graves, accidentes mortales.

La frase que libera, por mostrar lo que hay, es: *"te reemplazo" "yo soy tú"*

No Respeto al anterior, no tomar al padre ni a la madre: no honrar al padre produce debilidad, falta de responsabilidad y dificultades de realización en el trabajo. No honrar a la madre impide el acceso al éxito en general, que se materializa en enfermedad, soledad, fracaso, pobreza. Produce desprecio a los demás y a sí mismo, cinismo.

Rechazo de Amor al posterior: se manifiesta como egoísmo, y es debido a que la persona se siente no respetada por un posterior.

No respeto de la pertenencia o exclusión: enfermedad, culpa, soledad, dificultades y fracasos de todo tipo, pues los obstáculos, dificultades, fracasos escolares, enfermedades o síntomas suelen representar a un excluido.

La frase a un excluido o a un excluyente es: *"yo soy tú" "yo como tú" "te sigo"*. Decisión tomada en los primeros meses de vida.

2. Compensación de las desgracias: fracasar, sufrir para castigarse por estar bien, sufrir para ser desgraciado también, no hacerse responsable de su éxito o de su fracaso. La frase puede ser: *"llevo tu carga" "te sigo" "mejor yo" "yo como tú"*

Equilibrio entre dar y recibir amor:

>> *No devolver* = deuda, culpa, no recibir.

>> *No recibir* = no ser amado, resentimiento, soledad

Equilibrio entre hacer y recibir daño: venganza y expiación, muchos tipos de enfermedades. Con la venganza es el sentirse el derecho de juzgar, criticar o exigir.

Con la expiación, lo primero que hacemos es quitarnos la alegría de vivir y transformarnos en aguafiestas, obligando a todos a seguir nuestra estrecha ley moral. La expiación es odio, dirigido a nosotros como a los demás. Lo hacemos para no mirar el daño que hemos hecho, y así no tener que reparar nada.

El respeto de los órdenes del amor permite sentir:

Orden: paz, confianza, sentirse útil y querido, asentimiento, éxito.

Respeto al anterior: humildad, fuerza, lealtad, salud

Amor al posterior: generosidad, amor

Derecho a la pertenencia de todos: seguridad, valentía, salud, fuerza, libertad, amplitud, crecimiento

Compensación adulta: éxito, plenitud

Equilibrio entre dar y recibir amor: amor, generosidad, plenitud, alegría, libertad, humildad y agradecimiento

Equilibrio entre hacer y recibir daño: humildad, comprensión, amor y alegría

Historia de la mala conciencia, el Bien y el Mal

Der Austausch, Bert HELLINGER, 2002

Temas tratados

- Constelación familiar y conciencia
- El derecho de pertenencia
- El orden de precedencia
- La conciencia colectiva
- La conciencia personal
- La constelación familiar
- Conciencia y alma
- La conciencia personal
- La conciencia colectiva
- El alcance de la conciencia colectiva
- La pertenencia colectiva
- La compensación colectiva
- El orden colectivo
- Conciencia y enfermedad
- La intención negativa
- El aferramiento de los muertos a los vivos
- La solución
- La esencia del alma
- Los movimientos del alma

Las líneas que siguen resumen los últimos conocimientos sobre el desarrollo de la conciencia, tanto la conciencia colectiva inconsciente como la conciencia personal. Describen, más allá de eso, la forma en que a través de la constelación familiar se pueden superar los límites de dicha conciencia, cuando ella nos conduce a conflictos. Porque en la constelación familiar se muestra cómo, si se consigue traspasar estos límites, salen a la luz los movimientos profundos que nos capacitan para reconciliar a un nivel más alto lo que anteriormente se oponía.

Constelación familiar y conciencia

Para entender la constelación familiar, y comprender su trasfondo, es importante tratar con lo que actúa en una familia o grupo como su alma común, como su alma de familia o grupo. Intentaré trazar un boceto de las funciones que tenía el alma de grupo originariamente y que, por supuesto, tiene todavía, y diré algo sobre los órdenes que resalta esta alma en el grupo. Planteo este boceto sin verificar si ello corresponde realmente al desarrollo histórico, pues mi objetivo no es reunir pruebas históricas, sino permitir a través de él la acción en el presente. Se trata de elevar a la conciencia impulsos incomprensibles hasta ahora, a menudo de naturaleza trágica, y desde allí encontrar caminos que nos ayuden a resolver o prevenir tales intrincaciones trágicas.

El grupo originario era una horda de unos veinte a treinta miembros, cuyos integrantes dependían los unos de los otros a vida y muerte. Nadie podía abandonar la horda sin perderse. Era también inimaginable que se excluyera a un miembro, salvo, quizá, si había matado a otro. Encontramos un eco de eso en la Biblia, en el relato de Caín y Abel.

El derecho de pertenencia

En ese grupo regían dos órdenes fundamentales. En primer lugar, cada miembro tenía el mismo derecho de pertenencia, y era impensable que alguien negara a otro ese derecho. Pero, a la vez, cada miembro sabía que el bien del grupo tenía prioridad sobre las necesidades personales. De ahí que, en una horda nómada, los viejos y enfermos que se quedaran atrás en cuanto se convertían en una carga para el grupo. Estaban dispuestos a morir y nadie se interponía en este camino por motivos como pudieran ser, por ejemplo, el cariño personal.

Que esto rige todavía hoy entre ciertos grupos se muestra en un acontecimiento que me contó un médico. Estaba en un hospital de Tanzania. Un día, unos hombres de la tribu masai trajeron en unas angarillas a un hombre joven herido en una pierna. Cuando el director del hospital lo visitó se dio cuenta de que la gangrena había avanzado demasiado, que ya no se podría salvar la pierna. Hizo venir a los hombres y les explicó que había que amputar la pierna del joven, ya que en caso contrario moriría. Los hombres dijeron que primero tenían que hablarlo entre ellos. Volvieron al cabo de una hora y le informaron: “hemos decidido que muera”.

Por el mismo motivo aquellas hordas abandonaban a los niños débiles o minusválidos. También en este caso, la supervivencia del grupo tenía prioridad sobre la compasión personal. ¿Eran crueles esas hordas? Conocían sus límites y los aceptaban. De modo que el derecho de pertenencia encontraba sus límites en el bien común. Es decir, que todo servía a la supervivencia y continuidad del grupo como conjunto.

El orden de precedencia

El segundo orden, en esos grupos, aseguraba la precedencia de los miembros anteriores o mayores sobre los posteriores o más jóvenes. Gracias a eso, cada cual tenía su lugar, del que se movía por sí mismo, en el curso del tiempo, de un lugar bajo a otro más elevado. De ahí que en ese grupo tampoco hubiera conflictos con respecto al rango.

La conciencia colectiva

Estos órdenes, del derecho a la igualdad por la pertenencia y de la jerarquía según el tiempo de pertenencia no surgían, sin embargo, de reflexiones racionales. Habían sido fijados por una conciencia colectiva, de modo que cualquier quebrantamiento de este orden llevaba a un malestar con sentimiento de culpa, que hacía retornar al individuo al reconocimiento de dichos órdenes. Llamo colectiva a esta conciencia, en contraposición a la conciencia personal, de la que hablaré más adelante. Dicha conciencia colectiva, a la que también se podría llamar conciencia de grupo o conciencia familiar, es inconsciente en la actualidad. Dentro del grupo arcaico u horda, sin embargo, tienen que haber sido consciente, por lo menos en la medida en que llevaba a sus miembros a sentimientos de culpa, y cuando la culpa era reconocida y reparada, también a sentimientos de inocencia.

La conciencia personal

Al mismo tiempo, en el encuentro con otros grupos, también se producía necesariamente la diferenciación de “nosotros y los otros”, de “perteneciente y no perteneciente”; y con ello, además, de “bueno y mejor” y de “menos bueno o mal”. Más tarde, esta diferenciación se

trasladó a las relaciones de los individuos dentro del grupo, en el sentido de “yo soy mejor que tú”, “yo tengo más derecho a pertenecer que tú”, y con ello a la diferenciación entre bueno y malo, también en el sentido moral. Ante ese telón de fondo se desarrolló la conciencia personal, que percibimos como buena o mala conciencia, unida al sentimiento de inocencia o culpa personal. Esta conciencia también delimita ahora a los miembros del grupo y conduce al desarrollo de la conciencia individual. También, a la oposición de persona y comunidad, y de libertad o autodeterminación, frente a las normas y exigencias del grupo.

En el curso de este desarrollo, las normas y órdenes de la conciencia colectiva se reprimieron al inconsciente, de modo que ya no se podían hacer vigentes de forma inmediata, como buena o mala conciencia. Así como el individuo se ha puesto en gran medida en el lugar del grupo, también la conciencia personal ocupa ampliamente el lugar de la conciencia colectiva. Esto llegó al punto de que la voz de la conciencia personal se entendió como la voz de Dios en el individuo, la cual le daba el derecho de decidir también contra el grupo. Con eso se había llevado al extremo la separación del grupo y de su correspondiente conciencia colectiva. Pero con eso no se ha superado la conciencia colectiva; es más, ni siquiera sería normal superarla, puesto que sigue y ha de seguir siendo el fundamento de la convivencia humana. Por alto y lejos que un árbol lleve su tronco y sus ramas, sin las raíces se hunde. Pero eso no significa que haya que cuestionar lo alcanzado a través de la conciencia personal. Sólo hay que volver a ser consciente de sus raíces y volver a dejarse llevar, nutrir y limitar por ellas.

La constelación familiar

¿Qué significa todo esto para la constelación familiar? En la constelación familiar se ponen al descubierto y se hacen visibles como tales los diferentes modos de actuar de la conciencia colectiva y de la personal. Esto significa, en el primer caso, que se evidencian las consecuencias amenazadoras y peligrosas resultantes de reprimir y negar los órdenes de la conciencia colectiva. Entre estas consecuencias se cuentan desde el fracaso, a pesar de la mejor intención, hasta enfermedades mortales, accidentes graves, criminalidad y suicidio. Estas consecuencias remiten a los órdenes previamente pasados por alto o lesionados.

De ahí resulta también el conocimiento de cómo podemos evitarlas en el futuro. Se muestra en ello que la conciencia personal maneja a su modo las cuestiones conectoras de la conciencia colectiva, pero sin llevar al éxito, pues deja de lado el segundo orden de la conciencia colectiva; a saber: el rango según el tiempo. Tras las frases, por ejemplo, “te sigo” y “lo acepto por ti”, y detrás de la idea de poder sacrificarse por otros, actúa ese eje de la conciencia colectiva, según el cual el conjunto tiene prioridad sobre las necesidades personales del individuo. Pero el individuo que actúa por el impulso de estas frases y de esta idea contraviene el orden de prelación de los mayores y anteriores sobre los posteriores y más jóvenes, y la conciencia colectiva hace por tanto que fracase en todos sus esfuerzos. Es decir, que la constelación familiar permite apreciar el telón de fondo de los destinos trágicos y consigue su cambio a mejor para todos. Vuelve a dar vigencia a los órdenes de la conciencia colectiva, pero sin renunciar a los logros de la conciencia personal.

Por el contrario, une ambas en un nivel superior que permite al individuo integrarse, más allá de los límites estrechos de su grupo, en un conjunto mayor que elimina las diferencias entre personas y grupos singulares, ya que pueden superar lo que separa sin sacrificar lo que les es propio. En este sentido, la constelación familiar sirve, sobre todo, para la reconciliación.

Todo esto también significa que sólo puede ofrecer la constelación familiar aquel que ha comprendido, interiorizado y reconocido las leyes de la conciencia personal y colectiva y que, al mismo tiempo, las concilia entre sí a un nivel superior. De este modo se cumple la cuestión básica de la conciencia colectiva, aunque ciertamente mucho más allá de los límites imaginarios. Mantener unido, al servicio de algo Más Grande, lo que debe estar junto, y que ese algo Más Grande permita al individuo crecer más allá de sí mismo, y le otorgue su mayor posibilidad de realización personal.

Conciencia y alma

A veces nos sentimos impulsados a hacer algo que no sabemos para qué sirve. Y, no obstante, el impulso es tan fuerte que no podemos resistirlo. Si cedemos a ese impulso, resulta que con frecuencia advertimos luego que sólo así se podía alcanzar algo importante o evitar algo grave.

Hemos seguido un movimiento el alma que nos ha conducido, protegido y guiado sabiamente. Es decir, que el alma sabe más que nuestro yo. Ve el futuro que nos aguarda, asume la dirección en momentos decisivos y, de este modo, se manifiesta superior y antepuesta a nuestra planificación, determinada siempre por deseos y reflexiones.

¿Cómo se muestra el alma? Para percibir su movimiento hemos de aprender a distinguirlo de los impulsos de nuestra conciencia, tanto de los de la conciencia personal. Que es lo que sentimos, como de aquellos de la conciencia colectiva inconsciente, que sólo distinguimos por sus efectos.

La conciencia personal

Lo que vivimos como nuestra conciencia personal tiene una función múltiple. Sirve para el enlace con la familia y los demás grupos importantes para nosotros, pero sirve también para el equilibrio y el orden, dentro de esa familia y de las demás relaciones significativas. A fin de alcanzar esos objetivos, esta conciencia nos guía mediante sentimientos de desagrado y placer. Percibimos el desagrado como culpa y el placer como inocencia. Pero para cada uno de los ámbitos descritos, la culpa y la inocencia se perciben de modo diferente.

En el caso de la conexión grupal, la culpa se vive como miedo a la pérdida de la pertenencia, y la inocencia como alegría de estar seguro de esa pertenencia y de formar parte de ella. La conciencia percibe instintivamente todo peligro en nuestras relaciones e intenta mantener o restablecer el orden, a través de una presión que se corresponde con la magnitud del hecho.

Bueno en el sentido de la conciencia personal es, por lo tanto, todo lo que sirve a las relaciones, y malo es lo que pone en peligro o anula esas relaciones. Todos los honores y alabanzas que un grupo ofrece a uno de sus miembros no son, en el fondo, más que aseveraciones de pertenencia. Todos los méritos que alguien adquiere en un grupo son como un capital cuyos beneficios consisten en el derecho especial a la pertenencia.

La culpa al servicio de la compensación o del equilibrio se siente como obligación, si hemos recibido algo de los demás sin haberles devuelto algo equivalente. La inocencia se vive en este caso como liberación, si hemos devuelto al otro algo equivalente, y como exigencia si hemos dado más de lo que hemos tomado.

En relación con la necesidad de pertenencia, la necesidad de equilibrio provoca un intercambio incrementado. Para quien la pertenencia a otro es una necesidad, él está dando algo mejor que lo que obtiene. Por ello obliga al otro a devolverle también algo mejor. De ese modo aumenta entre ellos el intercambio de dar y tomar, y al mismo tiempo se profundiza el vínculo entre ambos.

Esta necesidad de compensación actúa en lo bueno tanto como en lo malo. Si alguien nos ha hecho un mal, nos sentimos con derecho a hacerle también algo mal. Pero al sentirnos con derecho, puede ser que le hagamos al otro un mal mayor que el recibido, y entonces él también se sentirá con derecho a hacernos otro mal aún peor. De ese modo se incrementa el intercambio en lo malo y ello, finalmente, pone en peligro el vínculo o incluso lo elimina.

Hay que agregar que la conciencia vela por el mantenimiento de las reglas del juego y del orden legal, entre los miembros de un grupo, también en este caso con sentimientos de inocencia y culpa. La inocencia se vive, en esta circunstancia, como escrupulosidad y la culpa como miedo al castigo.

Las tres necesidades de vinculación, equilibrio y orden sólo sirven a nuestras relaciones si actúan en conjunto, y ninguna se impone a costa de las demás. Es decir que el vínculo no domina sobre el equilibrio y el orden; la necesidad de equilibrio no se impone a costa de necesidades de vinculación y orden; y la demanda de orden también tiene presente la necesidad de vinculación y equilibrio. Por tanto, quien sigue demasiado una necesidad se pone en contradicción con otra. Demasiada inocencia por un lado lleva a culpa en otro. Por ello no existe la inocencia pura.

Pero la conciencia personal sólo sirve a las relaciones dentro de un grupo limitado, sobre todo a las relaciones dentro de la familia. Para asegurar las relaciones dentro de ese grupo, lo delimita frente a otros grupos. Es decir, que sólo desarrolla su efecto de enlace dentro de ese grupo. Entre los distintos grupos tiene efecto separador. Las guerras muestran qué terribles consecuencias tiene cuando se toma como directriz, más allá de ese estrecho ámbito. Casi todas se desarrollan, con buena conciencia, al servicio del propio grupo. La conciencia personal, por tanto, no es sólo buena sino que también es mala en ocasiones, y quien la sigue no sólo es bueno sino muchas veces también malo. Porque esta conciencia no solo es sabia, sino también ciega.

La conciencia colectiva

Aparte de la conciencia personal (aquella de la que somos conscientes), también actúa en cada uno una conciencia inconsciente, que se vale de nosotros con muchísima mayor fuerza que la consciente. A diferencia de ésta, a la que percibimos, sólo deducimos la conciencia inconsciente de los efectos que manifiesta en un grupo, a lo largo de varias generaciones. Lo primero que llama la atención es que esta conciencia es colectiva. Es decir, que actúa a la vez en todos los miembros de un grupo y de tal manera como si ese grupo fuera una persona ampliada. O sea, que si con la conciencia personas entramos conscientemente en relación con otras personas y las vivimos como interlocutores, la conciencia colectiva nos conduce conjuntamente, con los otros miembros del grupo, de tal manera que no podemos distinguir entre nosotros y ellos. En este caso se cancelan las diferencias conscientes.

Esta conciencia vela también por la pertenencia, el equilibrio y el orden, pero de un modo totalmente distinto a como lo hace la conciencia personal. En este último caso se trata de las

necesidades de pertenencia, equilibrio y orden del individuo. Pero en el caso de la conciencia colectiva es al revés. El sistema tiene la necesidad de asegurar la pertenencia de todos sus miembros y de cuidar del equilibrio y desorden dentro de tal sistema. Eso significa que el sistema toma a su servicio a sus miembros, incluso en contra de sus necesidades personales (de pertenencia, equilibrio y orden), siempre que sea a favor de su necesidad colectiva (de pertenencia, equilibrio y orden). De ahí que esta conciencia sólo sea justa desde el punto de vista del colectivo, pero a menudo injusta para alguno o varios de sus miembros individuales. Comparada con la conciencia personal, la conciencia colectiva es arcaica, y por ello, posee una fuerza incomparablemente mayor.

El alcance de la conciencia colectiva

En la medida en que podamos comprobar los efectos de la conciencia colectiva (quién se encuentra poseído y dirigido por ella y quién permanece fuera de su influencia), podremos determinar con relativa exactitud sus límites hacia fuera. En síntesis, puede decirse que esta conciencia relaciona a los siguientes miembros de un sistema:

- Los hermanos
- Los padres y sus hermanos
- Los abuelos
- Alguno o alguna de los bisabuelos
- Fuera del parentesco de sangre, todos aquellos por cuya muerte o pérdida obtuvieron una ventaja otros integrantes del sistema; por ejemplo, parejas anteriores de padres o abuelos, o aquellos cuya muerte o desgracia ha constituido un porte a las posesiones del sistema.

Además de esto, ha salido a relucir recientemente que todas las víctimas de un miembro de la familia pertenecen al sistema (por ejemplo, los que fueron muertos por uno de sus integrantes). A la inversa, los criminales pertenecen además al sistema de sus víctimas. Esto se manifiesta cuando, en las familias de las víctimas, muchas veces uno de sus miembros ha de representar a los criminales, y en las familias de los criminales a veces uno de sus miembros representa a las víctimas.

Fuera de la influencia y el ámbito de esta conciencia quedan, por lo tanto, tíos y tías políticos, primos y primas.

La pertenencia colectiva

La pertenencia colectiva mantiene unido un sistema. Porque vela para que no se pierda ninguno de sus miembros. Vela, por tanto, para que sus integrantes estén al completo, y por ello trata a todos en forma equivalente. A diferencia de la conciencia personal, no permite la diferenciación de bien (en el sentido de mayor derecho de pertenencia) ni de mal (en el sentido de menor derecho de pertenencia), y por supuesto no puede ni plantear la pérdida de pertenencia. La exclusión de un miembro es una culpa colectiva por la que se le piden cuentas al sistema, en cuanto sistema, independientemente de la culpa o inocencia personal de sus miembros singulares.

Eso significa que toda exclusión de un miembro conduce a que esta conciencia busque dentro del sistema a un sustituto del miembro excluido, de modo que otro ha de representar a éste sin ser consciente de ello.

La representación inconsciente de miembros excluidos lleva a que sus representantes repitan los destinos de aquellos y traten de imponer sus exigencias. Eso conduce al fenómeno del doble desplazamiento. En primer lugar, al desplazamiento en el sujeto, que se produce cuando uno asume como propia una exigencia ajena. En segundo lugar, al desplazamiento en el objeto. Es decir que estas exigencias se dirigen a otra persona que a quien estaban dirigidas originariamente; o sea: a una persona que no tiene nada que ver con ello y que, por lo tanto, tampoco puede satisfacer dichas exigencias. El hecho de que esta representación inconsciente meramente repite los destinos de los excluidos, sin llevar a su reincorporación ni a la satisfacción de sus exigencias, demuestra que la conciencia colectiva es ciega.

Un miembro del sistema queda excluido por:

- Olvido; muchas veces se niega la pertenencia por olvido, por ejemplo, a hijos muertos tempranamente o nacidos muertos o entregados.
- Represión, como cuando el destino de un excluido da miedo a los demás.
- Negación del reconocimiento de las prestaciones de los excluidos en beneficio del sistema; por ejemplo, cuando no se valoriza a antiguas parejas.
- Condena moral.

Con todo esto se hace evidente que la conciencia colectiva no se atiene a las reglas de la conciencia personal. De ahí que alguien pueda infringir sin conflictividad la conciencia colectiva, y sentirse bien pese a ello y sentir que tiene razón. No obstante, esto no le permite huir de las sanciones de la conciencia colectiva. La contradicción entre ambas conciencias lleva a que alguien realice, sin que le parezca malo, precisamente lo que traerá desgracia, fracaso y hundimiento, para él y sus descendientes. Por tanto, lo que es inocencia según la conciencia personal, a menudo es culpa frente a la conciencia colectiva, y lo mismo sucede a la inversa.

Si observamos esta oposición entre la conciencia personal y la colectiva, a la luz de las tragedias griegas, vemos que el héroe representa la conciencia personal y los dioses la colectiva.

La compensación colectiva

También la necesidad de compensación se muestra de otro modo en la conciencia colectiva. En su caso no se manifiesta, como en la conciencia consciente, por el equilibrio entre dos personas sino por el equilibrio dentro del sistema.

La conciencia colectiva no tolera que dentro del sistema alguien reclame una ventaja sobre los demás miembros sin que otro lo compense más tarde con una pérdida.

La exclusión de uno se compensa con que otro repita su destino, y si un miembro no lleva por sí mismo las consecuencias de su conducta, bajo la presión de la conciencia colectiva, otro asumirá más tarde esta culpa y sus consecuencias, y lo hará sin ser consciente de ellos.

Este proceso lo describe el profeta Jeremías con la frase: “Los padres comieron uvas agraces y los hijos padecieron la dentera” (Jer. 31.29). Y en Éxodo se dice de Dios: “Soy un Dios celoso que castigo la maldad de los padres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación de aquellos que me aborrecen” (Ex. 20.5).

El orden colectivo

No obstante, los miembros del sistema también son hechos responsables personalmente por la conciencia colectiva si infringen el orden cuya observación exige. Con respecto a la pertenencia, todos tienen el mismo derecho para la conciencia colectiva, pero con respecto al equilibrio y la jerarquía no. Ya que, si bien la conciencia colectiva no distingue entre lo bueno y lo malo en cuanto a la pertenencia, sí distingue entre ambos extremos por lo que respecta al orden.

El orden que impone poderosamente esta conciencia de a los miembros anteriores del sistema una preferencia sobre los que han entrado más tarde en él. Por ello, los padres tienen prioridad sobre los hijos, los abuelos sobre los padres y los nietos, los bisabuelos sobre los abuelos, padres y bisnietos, las antiguas parejas de padres y abuelos sobre las parejas posteriores y los primogénitos sobre los segundones, para mencionar sólo los ejemplos más importantes.

Esto significa que los miembros anteriores son prioritarios a los posteriores en rango. Los anteriores son mayores, los posteriores menores. Los anteriores son más importantes, los posteriores menos. Por eso también se sacrifica sin escrúpulos a los posteriores por los anteriores: por ejemplo, cuando posteriores han de representar a anteriores excluidos, sin consideración a su propio bienestar ni a sus propios deseos o exigencias, o cuando los posteriores han de expiar la culpa de los anteriores, a pesar de ser personalmente inocentes. Es decir que se carga a los posteriores con la responsabilidad familiar, y por eso son sacrificados sin escrúpulos por el bien de los anteriores, como demuestra en su expresión más cruel el ritual del sacrificio infantil.

Este orden de la preferencia de los anteriores sobre los posteriores exige, al mismo tiempo, que éstos no se mezclen en los asuntos de aquellos. Lo cual significa, sobre todo, que no se comporten como si fueran mayores o más eficaces o más importantes que los anteriores, o como si debieran o pudieran asumir por los anteriores algo que ha de seguir bajo la responsabilidad de éstos. Por eso, los hijos no pueden comportarse frente a sus padres como si ellos fueran grandes y los padres pequeños; por ejemplo, si intentasen representar ante los padres a una pareja adulta. Los posteriores tampoco pueden ni están autorizados a asumir por los anteriores su destino o culpa, ni las consecuencias de esa culpa. Todo intento en esta dirección fracasa.

Aunque la conciencia colectiva hace uso de los miembros posteriores para una reparación interna del sistema, impide al mismo tiempo el éxito de este intento y lo castiga con el fracaso. Porque con él los posteriores infringen el orden colectivo, que les prohíbe estos intentos por ser una intromisión en los asuntos de los anteriores. La conciencia colectiva, por tanto, obliga a los posteriores a algo que les exige. Es decir, que no sólo existe la contradicción entre la conciencia personal y colectiva, que nos hace devenir culpables ineludiblemente. También dentro de la conciencia colectiva vivimos contradicciones de este tipo, de modo ineludible. Ahí es donde encontramos los modelos básicos de todos los vínculos dobles.

Conciencia y enfermedad

Después de esta preparación podemos entender mejor de qué diferentes maneras los conflictos entre la conciencia personal y colectiva pueden conducir también a enfermedades o a accidentes graves, e incluso al suicidio. De ello resulta cuán importante es buscar vías para evitar los efectos mórbidos y destructivos de estas conciencias.

Con respecto a la conciencia personal, se evidencia en la psicoterapia que la vinculación de los hijos a sus padres y su familia a menudo es tan fuerte que están dispuestos gustosamente a sacrificar su salud, su felicidad e incluso su vida, si eso les une con los miembros de su familia, incluso cuando estos hayan muerto, o que por idéntico motivo eligen con placer el mismo destino pesado que otros han padecido antes que ellos. En ambos casos, esta decisión y las consecuencias que de ella resultan van unidas para el hijo a una profunda satisfacción y a una felicidad íntima. Es la felicidad de la inocencia vivida y del derecho irrenunciable a la pertenencia. Todos esos efectos se ven fomentados e incluso exigidos por la conciencia personal, lo cual los premia y los cobija. Tal comportamiento presupone una confianza ciega en esta conciencia, incluso contra la propia convicción y contra la razón.

Las frases que el individuo dice entonces internamente a otro miembro de la familia rezan, por ejemplo: “te sigo” o “quiero compartir tu destino” o “lo haré todo por ayudarte”.

Unida a esta necesidad ciega de pertenencia actúa también la necesidad de compensación. Pues también ésta actúa instintiva y, por lo tanto, ciegamente. Eso lleva a la idea de que se puede librar a un miembro amado de la familia de sus padecimientos mediante la desgracia y el padecimiento propio. Entonces, alguien seducido ciegamente por su conciencia dice internamente frases como: “más vale yo que tú” o “yo muero para tú vivas” o “yo llevaré tu carga”.

Algo parecido vale también, en relación con la necesidad de pertenencia y compensación, para el principio de orden. Conduce a que, mediante la observación exacta de leyes y la obediencia ciega frente a mandamientos acaso obsoletos desde hace tiempo, se pretende asegurar la pertenencia para siempre y la salvación para sí y para otros. Encontramos esta postura en muchos fundamentalistas, cualquiera que sea el ámbito.

Acaso sea útil señalar aquí que nuestra conciencia personal no sólo determina nuestra relación con los vivos, sino también con los muertos. Pero en este caso el movimiento parte de los vivos, no al revés. Este movimiento es, por eso, unilateral y ciego frente a los muertos. No se los consulta, cuando queremos hacer algo por ellos, y no se los respeta como interlocutor.

En el caso de la conciencia colectiva es al revés. Ahí, el movimiento parte de los muertos e involucra a los vivos con los muertos en sus asuntos y cuestiones no resueltas.

Para la psicoterapia, el modo de actuar de la conciencia colectiva explica cómo se llega a intrincaciones en los destinos de otros miembros de la familia, con todas sus consecuencias de amplio alcance para la salud, y no sólo para la física, sino también para la anímica. Si alguien está intrincado con dos miembros de la familia que tuvieron un conflicto entre sí, por ejemplo con un criminal y su víctima, ello lleva a la esquizofrenia.

La intención negativa

Pero aún quiero llamar la atención sobre otras influencias morbosas que están fuera de los ámbitos mencionados hasta ahora. Existe también una influencia inmediata del exterior, de persona a persona o de alma a alma, que enferma. Del modo más evidente lo he visto hasta ahora con la neurodermatitis. Aquí actúa una intención negativa que, en lugar de a un culpable, afecta a un inocente; es decir, por regla general, a un niño en lugar de a un adulto. Lo observé por primera vez en el caso de parejas separadas. Cuando una pareja anterior está enfadada con el miembro de la pareja que se ha separado de ella, a veces un hijo de la relación posterior padece neurodermatitis. El camino hacia la curación se plantea entonces a través de la reconciliación con esta pareja; por ejemplo, honrándola y rogándole ser amable con el hijo, de modo que su intención negativa se vea anulada por su bendición.

Lo mismo vale para otros contextos comparables; por ejemplo, cuando un muerto todavía está enfadado con un vivo. Recuerdo aquí la constelación de una mujer en cuya familia algunos miembros habían sufrido a lo largo de tres generaciones de una enfermedad intestinal grave, de la que murieron. Salió a relucir que el abuelo había tenido una relación con la mujer de su hermano, que luego perdió la vida durante una revolución. El representante de ese muerto era inflexiblemente duro y airado con su hermano, y con su hijo y su nieto. No se volvió conciliador y blando hasta que hermano, y también el hijo y nieto de este, admitieron que se lo había tratado injustamente y se inclinaron profundamente ante él. En ese momento se tendió en el suelo y aceptó estar muerto.

El aferramiento de los muertos a los vivos

Últimamente se ha podido observar repetidamente en constelaciones que los muertos atraen a veces hacia sí a los vivos. Éstos pueden enfermar mortalmente. En una familia, por ejemplo, los tres hijos adultos tenían cáncer, y uno de ellos ya había muerto. La abuela materna de esos hijos había muerto al nacer la madre. En la constelación salió a relucir que quería atraer hacia sí, a la muerte, a esta hija y también a sus nietos. Pues no era consciente de estar muerta. Esto aparece muchas veces en los casos en los que alguien murió repentina e inesperadamente. Es como si estos muertos no pudieran despedirse de su vida. Por eso hay que hacerles tomar conciencia de que están muertos y de que, si atraen a los vivos, no sólo los atraen hacia ellos sino también hacia la muerte.

La solución

La pregunta, entonces, es: ¿cómo se puede ayudar en estos casos? ¿Existe una salida del cautiverio de estas conciencias o permanecemos inermes en sus manos? Y ¿hay vías para librar a alguien de la intención negativa de otras personas y del aferramiento de los muertos?

En primer lugar hay que saber que ya el mero conocimiento sobre el modo de actuar de estas conciencias tiene un efecto liberador. Anula la ceguera que previamente nos hacía tantear a oscuras. Este conocimiento no se puede recibir de las conciencias mismas, sino sólo de una fuerza que les está colocada delante y les es superior. Pero es no ha engañarnos ni llevarnos a minusvalorar estas conciencias, o a creer que podemos o estamos autorizados a sustraernos completamente a ellas. Porque son demasiado poderosas y significativas. En este caso sólo puede tratarse de ampliar los límites que nos ponen, y de satisfacer las necesidades y las leyes vitales que actúan en ellas, de tal manera que hagan mayor justicia a sus cuestiones in-

ternas que si les seguimos ciega e instintivamente. Se podría decir, por tanto, que también las conciencias esperan nuestro desarrollo hacia algo Más Grande, que conserve y a la vez complete su función originaria. Este desarrollo se hace posible a través del alma, más exactamente a través de la Gran Alma. Lo mismo vale para lo que he dicho sobre la intención negativa y la atracción de los muertos.

La esencia del alma

El alma (del latín animan: aire, aliento) es aquella fuerza que vivifica, mantiene unido y dirige lo animal. Puesto que las condiciones para la vida presuponen un desarrollo dirigido que la prepare y que cree las bases para su despliegue y su permanencia, es obvio comprender también este desarrollo como movido por la misma fuerza. Es decir que el alma es la fuerza que porta y dirige todo desarrollo. De ahí que la evolución, es decir aquel proceso en el que, a partir de lo simple, surge a través de la diferenciación algo cada vez más complejo, también esté animada.

Por lo tanto, forma parte de la esencia del alma su tendencia al progreso. De ahí que también podamos entender la conciencia colectiva, evidentemente más vieja, y la conciencia personal, más joven, como escalones en el desarrollo progresivo del alma.

Los movimientos del alma

En los últimos años, la constelación familiar ha deparado conocimientos nuevos y sorprendentes que nos hacen comprender por primera vez la acción de la conciencia personal y que nos permiten, sobre todo, una mirada a las leyes que sustentan la conciencia colectiva. De ello resultan conocimientos sobre cómo podemos resolver también conflictos procedentes de esa conciencia.

Pues en la constelación familiar resulta que los representantes de los miembros de la familia, en cuanto son colocados en relación mutua, sienten como las personas reales que representan, y lo hacen sin conocimientos previos sobre ellas. Eso llega tan lejos que adoptan los síntomas de estos miembros y perciben los movimientos que empujan a estos miembros en una dirección determinada. Esta percepción es posible incluso cuando sólo se coloca a una sola persona. Es decir, que dicha percepción no sólo es posible por la disposición espacial, sino que supone una relación inmediata entre el alma del representante y la de la persona representada por él, una relación no sólo con los vivos, sino también con los muertos. Eso también explicaría cómo se puede llegar al efecto de una intención negativa o la atracción por un muerto.

¿Adónde conducen los movimientos del alma? En primer lugar prestan atención a que se valore a toda persona, y no sólo a los miembros del sistema al que pertenecemos, como lo exige la conciencia colectiva, sino también a todos los que están fuera de nuestro sistema, incluidos los que consideramos amenaza o enemigos. La gran alma reconcilia lo opuesto. Por ello, los movimientos del alma conducen más allá de los límites de la conciencia colectiva.

En relación con eso, dichos movimientos anulan la distinción entre bien y mal (es decir, lo que es la función propia de la conciencia colectiva), con lo que también anulan la posibilidad de distinguir entre culpa e inocencia. Y, en cierta medida, anulan además la distinción entre vivos y muertos.

Los movimientos del alma nos obligan a dejar atrás esta postura referida al yo y a la persona, y a ver tanto lo bueno como lo mal acontecido en nuestra vida, así como el destino de grupos y pueblos, como determinado y dirigido por fuerzas. Esta alma toma a su servicio, usa y emplea para sus fines, incluidas las consecuencias que pueda tener para ellos y otros, tanto a los que consideramos malos, criminales y culpables.

A veces tenemos, por ejemplo, la idea de que la muerte de una persona ha sido provocada o causada por otras. Por ejemplo, en un accidente mortal de tráfico por un conductor desconsiderado, en el caso de un enfermo por mala praxis del médico o en un asesinato por el asesino. Todo eso es cierto desde el punto de vista de la conciencia personal. El causante del accidente, el médico y el asesino se sienten culpables. Su alma quiere resarcir en la medida de lo posible el mal causado e incluso quiere expiarlo como corresponda. También los miembros supervivientes de la familia y los poderes públicos quieren que los criminales rindan cuentas y sean castigados, según la gravedad de su responsabilidad.

Pero ¿lo quieren también los muertos? En la constelación familiar se pone al descubierto que no consideran su muerte causada por hombres, sino que ella está en manos de un poder superior, y ellos a su vez están en armonía y en paz con ese poder. De esto resulta que entre los muertos no rigen las mismas leyes (en cuanto a bien y mal y en cuanto a criminal y víctima) que entre los vivos; es decir, que han superado la necesidad de justicia, tan importante para los vivos, y que nosotros, al persistir en ella, trastornamos los movimientos del alma. Es decir que aprendemos en las constelaciones, cuando hacemos representar a los muertos por vivos, en qué movimientos del alma han de confiar los vivos, si quieren encontrar la armonía con lo que también para ellos aparece como futuro.

Publicado en *El Intercambio*, Ed. Rigden Institut Gestalt 2006, pp.227-249
